

ninguna corona militar se encuentra otro más brillante.

Mientras tan gloriosos sucesos ocurrían en Suiza, volvíamos á obtener victorias en Holanda, donde Brune, débilmente estrechado por el enemigo, tuvo tiempo de concentrar sus fuerzas, y después de haber batido á los anglo-rusos en Kastrikum, los encerró en Zip, reduciéndolos á capitular. Las condiciones eran evacuar á Holanda, restituir cuanto se había tomado en el Hélder, y dar libertad, sin canje alguno, á ocho mil prisioneros. Hubiera sido de desear la restitución de la escuadra holandesa; pero los ingleses se negaban á esto, y por otra parte se temía que de desechar la capitulación podían ocasionar muchos males al país.

Así terminó aquella memorable campaña de 1799. La república, que se precipitó demasiado en obrar y cometió el error de tomar la ofensiva, sin haber concentrado antes sus fuerzas, fué batida en Stokach y Magnano, perdiendo así en dos derrotas Alemania é Italia. Massena, que quedó solo en Suiza, formaba un temible raudal entre dos fuerzas vencedoras. Replegóse primero al Rhin, después al Limmat y por fin al Albis, donde

se hizo inexpugnable por espacio de cuatro meses. Entretanto fué derrotado en el Trebbia el ejército de Nápoles al querer incorporarse con el de la Italia alta; y cuando logró por fin reunirse con él por detrás del Apenino, y recobrase y verse reforzado, perdió en Novi á su general, siendo nuevamente destrozado, y quedando al fin sin Italia. Hasta el Apenino estaba invadido y el Var amenazado; pero nuestros contratiempos no pasaron adelante. La liga, trocando sus fuerzas, llevó al Rhin al archiduque Carlos y á Suwarow á Suiza; y aprovechando Massena esta ocasión, destruyó á Korsakow, privado del archiduque, y ahuyentó á Suwarow, que lo estaba de Korsakow, reparando así todas nuestras desgracias con una inmortal victoria. La campaña de Oriente había terminado con gloriosos triunfos; pero, preciso es decirlo, si todas estas heroicas hazañas sostuvieron la república, próxima á sucumbir, y la dieron algún esplendor, no por eso la devolvieron su antiguo renombre y poderío. Francia se hallaba salvada, pero nada más, pues no había recuperado su pérdida gloria, y aún corría en el Var algunos riesgos.

CAPÍTULO XIX

Regreso de Bonaparte. — Su desembarco en Frejus. — Entusiasmo que inspira su presencia. — Conmoción de todos los partidos á su llegada. — Únese con Sieyes para derribar la Constitución directorial. — Preparativos y jornada del 18 brumario. — Destrucción de la Constitución del año III. — Institución del consulado provisional. — Fin de esta historia.

Las noticias de la batalla de Zurich y de la capitulación de los anglo-rusos se sucedieron una á otra casi inmediatamente, tranquilizándose con esto los ánimos sobresaltados. Como era la primera vez que se batía, y tan completamente, á aquellos rusos tan aborrecidos, la satisfacción debía ser muy grande; pero Italia estaba siempre perdida, amenazado el Var y en peligro la frontera del Mediodía. No recobrábamos las glorias de Campo-Formio, y por lo demás, donde existían mayores peligros era en el interior. Un gobierno desorganizado, unos partidos díscolos, que ni querían sufrir autoridad, ni eran sobrado fuertes para apoderarse de ella; una especie de disolución social, y los robos, prueba de esa misma disolución, que infestaban los caminos, especialmente en las provincias assoladas antes por la guerra civil; tal era la situación de la república. Proporcionando algunos meses de desahogo la victoria de Zurich, se necesitaba en la actualidad, no tanto de un defensor, como de un caudillo que se apoderase de las riendas del gobierno. La generalidad de la población ansiaba á toda costa la tranquilidad, el orden, el fin de las contiendas y la unión de las voluntades, pues temía á los jacobinos, á los emigrados, á los chuanes y á todos los partidos. Bella ocasión de hacer maravillosa fortuna se presentaba al que calmase todas estas zozobras.

Extraordinario efecto produjeron los partes en que se referían la expedición de Siria y las batallas del monte Tabor y de Abukir, confirmándose la idea de que el héroe de Castiglione y Rívoli saldría vencedor de cuantas empresas acometiese. Su nombre volvía á resonar por todas partes, y por todas se preguntaba de nuevo: ¿qué hace? ¿cuándo viene? ¡Ojalá viniese!, decían... El rumor de que había llegado cundió dos ó tres veces por singular instinto. Sus hermanos le habían escrito y también su esposa, pero no se sabía si habría recibido las cartas. Ya hemos visto, en efecto, que no habían podido atravesar por los cruceros ingleses.

Entretanto, aquel hombre, que era el blanco de tan vivos deseos, surcaba tranquilamente los mares en medio de las escuadras inglesas. La travesía no era muy feliz, pues la prolongaban los vientos contrarios, habiendo avistado varias veces á los ingleses y temiendo caer en sus manos. El solo, paseándose con ademán firme y sereno por el puente de su navío, se resignaba á su estrellada, y se acostumbraba á creer en ella, no inquietándose por peligros inevitables. Leía la Biblia y el Alcorán, obras de los pueblos que acababa de dejar, y receloso, según los últimos sucesos, de que se hallase

invadido el Mediodía de Francia, mandó dirigir el rumbo, no á las costas de Provenza, sino á las del Langüedoc. Quería desembarcar en Colibre ó Port-Vendres, pero le llevó un viento hacia Córcega, en donde salieron todos los habitantes á recibir á su célebre compatriota.

En seguida hicieron vela hacia Tolón, y ya iban á llegar, cuando de repente, al transponerse el sol, vieron en el costado izquierdo del navío treinta velas enemigas, iluminadas por los rayos del sol en el ocaso. Proponíanse echar un bote al agua para arribar furtivamente á tierra, pero resignándose siempre á su destino, Bonaparte dijo que convenía esperar. En efecto, desapareció el enemigo, y el 17 vendimiario, año VIII (8 octubre de 1799), al amanecer fondearon en la bahía de Frejus las fragatas el *Muirón* y la *Carrere* y los jabeques la *Revancha* y la *Fortuna*.

Tres años sucesivos habían estado temiendo los habitantes de Provenza la invasión del enemigo, y Bonaparte les libró de este temor en 1796, pero llegaron á concebirle mayor después de la batalla de Novi. Al saber que Bonaparte había anclado en la costa, creyeron que llegaba su salvador, y todos los habitantes de Frejus acudieron al punto, viéndose en un instante el mar cubierto de embarcaciones. La multitud, enajenada de entusiasmo y curiosidad, infringiendo las leyes sanitarias penetró en los navíos, poniéndose en comunicación con los reciénvenidos. Todos preguntaban por Bonaparte y querían verle; y como ya no era tiempo de hacer observar las leyes sanitarias, la junta de sanidad hubo de dispensar al general de la cuarentena, porque habría sido necesario someter á ella á toda la población, que se había comunicado con los tripulantes. Bonaparte bajó en seguida á tierra, y quiso subir aquel mismo día en el carruaje para trasladarse á París.

El telégrafo, tan rápido como el viento, había ya esparcido por el camino de Frejus á París la noticia del desembarco de Bonaparte. Al momento se manifestó el más completo regocijo, y anunciada la noticia en todos los teatros, produjo extraordinario entusiasmo, reemplazando los himnos patrióticos á las representaciones teatrales. El diputado Baudin de las Ardenas, uno de los autores de la Constitución del año III, republicano juicioso y sincero, pero ciegamente apasionado por la república, creyéndola perdida si no la sostenía un brazo poderoso, expiró de alegría al saber este acontecimiento.

Bonaparte había salido el mismo día 15 vendimiario (9 de octubre) para París, pasando por Aix, Aviñón, Valence y Lyon, en cuyas ciudades el entusiasmo rayó

en delirio. Las campanas resonaban por los pueblos, y por la noche hubo Juminarias en los caminos. En Lyon el regocijo fué mayor que en ninguna otra parte, y cuando salió de esta última ciudad, proponiéndose llegar de incógnito á París, tomó otro camino del que había indicado á sus correos. Sus hermanos y su esposa, engañados sobre la dirección que seguía, corrían á su encuentro mientras que él llegaba á París. El 24 vendimiario (16 de octubre) hallábase ya en su casa de la calle Chantereine, sin que nadie sospechara su presencia; y dos horas después dirigióse al Directorio, cuya guardia le reconoció, saludándole con el grito de *viva Bonaparte!*

Pasó á casa de Gohier, que era el presidente, y convino en que se presentaría al día siguiente, 25, al Directorio, como así lo hizo. Dijo que después de haber consolidado el establecimiento de su ejército en Egipto con las victorias del monte Tabor y de Abukir, y de confiar su suerte á un general capaz de sostener su prosperidad, había vuelto en auxilio de la república, porque la creía perdida; que gracias á las hazañas de sus compañeros de armas la encontraba salvada, de lo que se alegraba sobre manera, y añadió, empuñando la espada, que no la sacaría nunca sino en defensa de la república. El presidente le felicitó por sus triunfos y regreso, dándole el abrazo fraternal. Lisonjero fué al parecer el recibimiento; pero en realidad existían temores demasiado ciertos y fundados en la situación para que agradase su presencia á los cinco magistrados republicanos.

Cuando después de una larga apatía se apasionan los hombres en favor de alguna cosa, no pueden hacerlo sin vehemencia, y esto es lo que había sucedido en Francia, donde todas las opiniones habían decaído una en pos de otra, perdido su prestigio todos los partidos y aun las mismas autoridades, llegando al extremo de ser universal el disgusto de los hombres y las cosas. Pero al aparecer el hombre extraordinario que había devuelto á Europa, de un modo tan inesperado, el Oriente, se dispersaron todos los disgustos é incertidumbres, cifrando en él su atención, sus anhelos y sus esperanzas.

Todos los generales, cesantes ó en servicio, patriotas ó moderados, fueron á visitar á Bonaparte, como era natural siendo él el primer individuo de aquella jerarquía tan ambiciosa y descontentadiza. Parecía que hallasen en él quien los vengase del gobierno; y así, todos los ministros y empleados sucesivamente depuestos durante los vaivenes del Directorio, acudieron á felicitarle; y aunque en la apariencia iban á rendir homenaje al ilustre guerrero, en realidad era para observar y adular al hombre poderoso en quien creían cifrado el porvenir.

Bonaparte trajo consigo á Lannes, Murat y Berthier, que no le abandonaban, y en breve se presentaron á su lado Jourdan, Augereau, Macdonald, Beurnonville, Leclerc, Lefebvre y Marbot, á pesar de la diferencia de sus opiniones. Hasta el mismo Moreau formó parte de este acompañamiento. Bonaparte le había visto en casa de Gohier, y conociendo que su superioridad le serviría para dar el primer paso, se dirigió á él y se manifestó impaciente por conocerle, mostrándole un afecto que le conmovió sobre manera. Regalóle entonces un alfanje damasquino cubierto de pedrería, y consiguió ganarle enteramente, en términos que á los pocos días formaba Moreau parte de su séquito, pues como también estaba descontento, iba con todos sus camaradas á casa del

presunto defensor. A estos ilustres militares se agregaban otros sujetos de todas clases: entre ellos se veía á Bruix, ex ministro de Marina, que acababa de recorrer el Mediterráneo al frente de las escuadras francesa y española, hombre de agudo y despejado ingenio, tan hábil para dirigir una negociación como para mandar una escuadra. También asistía Mr. de Talleyrand, que por no haber ido á Constantinopla tenía razones para temer el disgusto de Bonaparte; pero Talleyrand contaba con su talento, nombrada é importancia para ser bien recibido por el general vencedor, y lo fué en efecto. Estos dos hombres se tenían recíprocamente mucho afecto, y les era necesario vivir amistosamente para ayudarse. Frecuentaban asimismo la calle de Chantereine, Rœderer, antiguo procurador del Consejo, sujeto sumamente franco y despejado, y Regnault de Saint-Jean d'Angely, ex constituyente, á quien se había aficionado en Italia y dado un empleo Bonaparte en Malta. Era un orador sublime y fecundo.

Pero no se crea que sólo acudían á visitar á Bonaparte los cesantes y descontentos, pues también mostraban la misma solicitud los actuales jefes del gobierno. Todos los directores y ministros le obsequiaban á porfía como cuando volvió de Italia. Hicieronse presentar en su casa muchos diputados de ambos Consejos, y los ministros y directores le rendían un homenaje más lisonjero yendo á consultarle á cada momento acerca de lo que debían hacer. Dubois-Crancé, ministro de la Guerra, había establecido en cierto modo su despacho en casa de Bonaparte; y Moulins, que era particularmente el director que más entendía en los negocios militares, pasaba con él parte de la mañana, no faltando también en ir á consultarle Gohier y Roger-Ducós; Cambaceres, ministro de Justicia y hábil jurisconsulto, que miraba á Bonaparte con el afecto que inspira á los hombres débiles la fuerza, y á quien el mismo Bonaparte trataba con amabilidad para dar á entender que sabía apreciar el mérito civil; Fouché, ministro de Policía, que quería cambiar su decaído protector Barras por otro nuevo y poderoso, y Real, comisario del departamento del Sena, ferviente y generoso patriota, y uno de los hombres de más talento de la época; todos acudían igualmente á Bonaparte y conferenciaban con él sobre los asuntos del Estado.

Apenas hacía ocho días que estaba el general en París, cuando casi involuntariamente tenía ya en sus manos las riendas del gobierno; y aunque no se le preguntase cuál era su voluntad, porque aún no era nada, al menos se consultaba su dictamen; mas él, con su acostumbrada reserva, afectaba abstraerse á las adulaciones con que le abrumaban. Rehusaba recibir á muchos, y salía pocas veces de su casa, y aun éstas como á escondidas, de suerte que hasta parecía tener el semblante más adusto y el color más cetrino. Llevaba, desde que regresó, su sobretodo gris y un alfanje turco suspendido de un cordón de seda, que para los que habían tenido la gran suerte de verle era un emblema de Oriente, de las Pirámides, del monte Tabor y de Abukir.

Los oficiales de la guarnición, los cuarenta ayudantes de la guardia nacional y el estado mayor de la plaza solicitaban que los recibiese; pero iba difiriéndolo de día en día, y parecía como que cedía con repugnancia á todos estos homenajes.

Escuchaba, no se descubría aún á nadie y lo obser-

vaba todo. Esta política era profunda, porque cuando uno es necesario no importa que se haga esperar. Entonces se acrecienta la impaciencia, acude todo el mundo á uno y se está en condiciones de elegir.

¿Qué hará Bonaparte?, era la pregunta que todo el mundo se dirigía, y esto probaba que inevitablemente iba á hacerse algo.

Ofrecíanse á su vista dos partidos principales, y un tercero, que era ramificación de ambos, los cuales estaban dispuestos á servirle si se acomodaba á sus deseos. Estos eran los patriotas, los moderados ó políticos, y finalmente los *podridos*, denominados así por ser los hombres corrompidos de todas las épocas y de todas las facciones.

Los primeros desconfiaban mucho de Bonaparte y de su ambición; pero según su afán de destruir y su imprevisión para el siguiente día, aceptaban servirse de su brazo para trastornarlo todo, dejando para luego lo que hubieran de establecer. De esta opinión eran sólo los obstinados, que descontentos siempre de lo que tenían, reputaban como lo más urgente de todo el empeño de destruir; pero los demás patriotas, menos ardientes, aunque verdaderos republicanos, miraban con desconfianza la celebridad del general; querían cuando más que se le diese un asiento en el Directorio; no podían otorgarle sin violencia la dispensa de la edad, y anhelaban más que todo que pasase á la frontera á acrisolar las glorias de nuestras armas y restituir su pasado esplendor á la república.

Los moderados ó políticos, temiendo el furor de los partidos, y sobre todo el de los jacobinos, sin esperanza alguna en una constitución infringida y desacreditada, querían una metamorfosis, deseando que se verificase á la sombra de un hombre poderoso.

«Apoderaos del mando, dadnos una Constitución sabia y moderada y dejadnos vivir tranquilos», era el lenguaje secreto que dirigían á Bonaparte. El partido más numeroso de Francia era éste, en el cual entraban no pocos patriotas comprometidos, que por temor á un cambio violento querían confiar su salvación á un hombre poderoso. Tenían la mayoría en los Ancianos y una minoría bastante fuerte en los Quinientos. Hasta entonces se habían adherido á la mayor reputación civil, que era Sieyes, con quien se habían estrechado tanto más, cuanto mayores eran los ultrajes que se le hacían en el Picadero. En la actualidad debían manifestarse más solícitos con Bonaparte, pues como buscaban la fuerza, mucho mayor debía ser la de un general victorioso que la de un jurisconsulto, por muy distinguido que fuese.

Los *podridos*, en fin, eran la turba de los malvados é intrigantes que procuraban hacer fortuna, que se habían deshonorado por hacerla y que todavía deseaban conseguirla mayor al mismo precio. Eran secuaces de Barras y del ministro de policía Fouché, y había de todo entre ellos, jacobinos, moderados y hasta realistas, porque no eran un verdadero partido, sino una numerosa tertulia.

No hacemos mención de los partidarios de la monarquía, pues además de que estaban muy abatidos desde el 18 fructidor, Bonaparte no les servía de nada, pues un hombre como éste sólo podía pensar en sí, y no apropiarse el poder para trasladarlo á otro. Contentábanse, pues, con aumentar el número de los enemi-

gos del Directorio y acusarle en el idioma de todos los partidos.

Entre todas estas agrupaciones sólo en una podía fijarse Bonaparte. Los patriotas no le convenían de ningún modo, pues los unos, apegados al sistema actual, desconfiaban de su ambición, y los otros querían un golpe de mano y continuas agitaciones, no pudiendo intentarse nada con ellos. Por otra parte eran refractarios al progreso del tiempo y estaban imbuídos en los procedimientos de la revolución. Los *podridos* para nada servían sino para el gobierno, donde naturalmen-



Cambaceres

te se habían introducido, porque á él sólo se habían dirigido siempre sus conatos. Además, lo mejor era no hacer caso de ellos, porque ya acudirían al que más votos reuniese, queriendo, como querían, únicamente conservar sus destinos y su dinero.

El único partido con que Bonaparte podía contar era aquel que participando de las necesidades de toda la población, quería libertar á la república del ímpetu de las facciones, constituyéndola con solidez. Por él debía, pues, decidirse, puesto que de este partido era el porvenir.

Ninguna duda tuvo en la elección, puesto que instintivamente ya había él tomado el mismo partido. Bonaparte, que aborrecía á los hombres turbulentos y despreciaba á los corrompidos, sólo podía adherirse á los moderados, quienes únicamente querían que se gobernase según sus principios, que eran en aquel momento los de la mayoría de la Francia. Pero aún era preciso aguardar, dejar que los partidos se declarasen y observar á sus corifeos para ver con quiénes podría unirse.

Todos los partidos estaban representados en el Directorio. Los patriotas tenían á Moulins y Gohier, los *podridos* á Barras y los políticos ó moderados á Sieyes

y Roger-Ducós. Los dos primeros eran unos patriotas sinceros y honrados y más templados que sus amigos, porque se hallaban en el poder; admiraban á Bonaparte, pero sólo querían servirse de su espada para sostener la Constitución del año III, deseando enviarle á los ejércitos. Tratábales Bonaparte con mucha consideración, y apreciaba su honradez como lo había hecho toda su vida, siendo este un instinto natural en un hombre nacido para el mando. Fuera de esto, las consideraciones que le merecían eran un medio para probar que honraba á los verdaderos republicanos. Su esposa se había hecho amiga de la de Gohier, calculando del mismo modo y diciendo á la esposa del director: «Nuestra amistad responderá á todas las calumnias.»

Barras, que veía aproximarse el término de su vida política y no dudaba que le sucedería Bonaparte, aborrecíale con todo su corazón. Bien hubiera querido adularle como en otro tiempo, pero viéndose despreciado por él, no se acercaba á hablarle. Bonaparte detestaba cada día más á aquel epicúreo ignorante, insulso y corrompido, probando bastante su aversión y desprecio el nombre de *podrido* con que designaba á él y á sus secuaces, siendo por lo tanto muy difícil que se hiciese amigo suyo.

El único que quedaba verdaderamente importante era Sieyes, el cual disponía á su antojo de Roger-Ducós. Cuando se eligió á Sieyes para el Directorio en el 30 pradiar, parecía que se ponía en sus manos el Estado, y Bonaparte, muy descontento de que hubiese ocupado el primer puesto en su ausencia y ganádose por algún tiempo los ánimos, haciendo concebir lisonjeras esperanzas, le miraba con cierta antipatía que él mismo no podía explicarse. Pero aunque su genio y costumbres eran opuestas diametralmente, tenían, sin embargo, bastante talento para comprenderse y perdonar sus diferencias, si bien el suficiente orgullo para no transigir uno con otro. Por desgracia no se habían dirigido aún la palabra, y dos grandes talentos que no se han halagado mutuamente son enemigos por naturaleza. Se observaban, y cada uno esperaba á que diese el otro el primer paso.

Al fin se hallaron en una comida en casa de Gohier: Bonaparte se creía muy superior á Moreau y no le importaba anticiparse: pero no opinó lo mismo respecto á Sieyes, á quien no dirigió la palabra. Hizo éste lo mismo, y ambos se retiraron furiosos. «¿Se habrá visto tal insolencia, dijo Sieyes, no haber siquiera saludado al individuo de un gobierno que hubiera debido mandarle fusilar?—¿Quién se ha figurado que es ese clérigo vendido á la Prusia, y que al menor descuido os entregará á ella, dijo Bonaparte, para ponerle en el Directorio?» Así es como muchas veces en los hombres de más superioridad excede el orgullo á la política, porque á no ser de este modo no tendrían aquella altivez que les hace tan á propósito para dominar á los demás.

He aquí cómo el personaje á quien Bonaparte tenía más interés en ganar era aquel hacia quien experimentaba mayor repugnancia; pero sus intereses eran tan idénticos, que aun á pesar suyo iban á verse unidos por la mediación de sus parciales.

En tanto que se observaban el uno al otro y se aumentaba la concurrencia en casa de Bonaparte, éste, incierto todavía del partido que debía adoptar, tanteó

á Gohier y á Ducós para saber si consentirían en que fuese director á pesar de que no tenía la edad suficiente. Hubiera deseado substituir á Sieyes en el gobierno, pues excluyendo á éste era muy fácil dominar á sus colegas y asegurar el gobierno. Escaso triunfo era este sin duda, pero al fin era un medio para adquirir el poder sin verse precisado á hacer una revolución; y una vez conseguido, podía esperar ocasión más oportuna. Fuese ingenuamente ó porque quisiera engañarles, que era muy posible, y persuadirles de que su ambición se contentaba con ocupar un puesto en el Directorio, les sondeó y halló que no estaban acordes en dispensar la edad. Aun cuando lo hubieran conseguido de los consejeros, les parecía que era infringir la Constitución, y por lo tanto tuvo que renunciar á esta idea.

Empezaban á inquietarse ya los dos directores Gohier y Moulins del afán que manifestaba Bonaparte por elevarse, y trataron de alejarle dándole el mando de un ejército; pero Sieyes no fué de esta opinión, y dijo enojado que lejos de proporcionarle ocasión de adquirir mayor gloria, era conveniente por el contrario olvidarle y hacer que todos le olvidasen. Como se hablaba de enviarle á Italia, añadía Barras que bastante había medrado allí para tratar de que volviese, y al fin se decidió que se le invitase á aceptar un mando, dejando á su elección el ejército que quisiera.

Presentóse Bonaparte en el Directorio, noticioso del dicho de Barras, y antes de que le comunicaran el objeto con que se le llamaba, tomó la palabra con aire altivo y amenazador, citó las expresiones de que se creía ofendido, y mirando á Barras, dijo que si había medrado en Italia no había sido al menos á costa de la república. Barras guardó silencio, y el presidente Gohier respondió á Bonaparte que el gobierno se hallaba persuadido de que la única fortuna que logró en Italia fueron sus laureles, añadiéndole que el Directorio le invitaba á aceptar un mando, y le dejaba en libertad de elegir el ejército. Bonaparte respondió con frialdad que no había descansado suficientemente de sus fatigas, que se había resentido de la transición de un clima ardiente á otro húmedo, y que necesitaba algún tiempo todavía para restablecerse. Este hecho debía revelar sus miras á los directores y á él no dejarle duda de la desconfianza que les inspiraba.

Por lo mismo era necesario no perder tiempo: sus hermanos y sus consejeros, Roederer, Real, Regnault de Saint-Jean-d'Angely y Talleyrand le presentaban diariamente individuos del partido moderado y político de los Consejos. Del de los Quinientos eran Boulay del Meurthe; Gaudin, Chazal, Cabanis y Chenier, y del de los Ancianos, Cornudet, Lemercier, Fargues y Daunou. La opinión general era unirse con el verdadero partido, ó sea el reformador, y con Sieyes, que tenía concluída una constitución y asegurada la mayoría del Consejo de los Ancianos. Bonaparte participaba de esta opinión, conociendo que no podía adoptarse otro medio; mas era preciso relacionarse con Sieyes, lo cual no era muy fácil; sin embargo, eran tan graves los intereses y mediaban entre su orgullo y el de Sieyes personas tan ingeniosas y sagaces, que no podía menos de hacerse en breve esta alianza. Mr. de Tayllerand hubiera conciliado la altivez de otros hombres más intratables que éstos, y así apenas principió la negociación

cuando ya estaba terminada, de cuyas resultas se acordó dar á la Francia otra constitución más enérgica, valiéndose de Sieyes y Bonaparte. No mediaron explicaciones sobre la forma y especie de tal constitución, pero se daba por supuesto que sería republicana, aunque librando á la Francia de lo que ambos llamaban charlatanes y apoyando con gran influjo á aquellos dos poderosos talentos que quedaban unidos desde entonces.

Un sistemático que soñaba en la realización tardía de sus ideas y un ambicioso que aspiraba á gobernar el mundo, situados en medio de aquel vacío de todos los sistemas y de todas las fuerzas, eran sumamente á propósito para coligarse. Poco importaba la incompatibilidad de su carácter; la destreza de los intermediarios y la gravedad de los intereses bastaban para paliar este inconveniente, al menos por el pronto, y sólo se necesitaba un momento para hacer una revolución.

Estaba decidido Bonaparte á obrar de acuerdo con Sieyes y Roger-Ducós. Manifestaba siempre la misma aversión á Barras y las mismas consideraciones con Gohier y Moulins, aunque observaba con los tres la misma reserva; pero Fouché, que era muy hábil para adivinar el poder naciente, veía con el mayor sentimiento la enemistad de Bonaparte con su protector Barras, causándole gran desconsuelo el que éste no procurase desterrarla. Se hallaba decidido á trasladarse al campamento del nuevo César, pero dudaba por un resto de pudor si abandonar á su favorecedor, que hubiera deseado le acompañase. Constante al lado de Bonaparte y bienquisto de él, porque tenía á su cargo la policía, trabajaba en vencer su repugnancia contra Barras, ayudándole en esta empresa Real, Bruix y los demás consejeros del general. Creyó haberlo logrado, é hizo que Barras convidase á comer á Bonaparte, como así lo efectuó, para el 8 brumario (30 de octubre).

Acudió Bonaparte, y después de la comida se suscitó la conversación sobre los negocios; y como ambos estaban prevenidos, Barras entró en materia. Comenzó á hablar en general de sí mismo, esperando sin duda que Bonaparte afirmaría lo contrario, y diciéndole que se hallaba enfermo, achacoso y precisado á renunciar á los negocios. Bonaparte seguía guardando silencio y Barras añadió que la república estaba desorganizada, y que para salvarla se hacía preciso concentrar el poder y nombrar un presidente, indicando á propósito para el caso al general Hedouville. Hedouville era tan desconocido como incapaz; pero Barras disfrazaba su pensamiento, designando á éste por no nombrarse á sí mismo. «En cuanto á vos, general, añadió, parece tenéis intención de volver al ejército. Id, pues, á conseguir nuevos lauros, y á restituir á la Francia su verdadera importancia europea. Yo pienso retirarme al descanso, de que tengo gran necesidad.» Bonaparte fijó la vista en Barras sin contestar nada, y quedó así la conversación; Barras, algo confuso, no añadió más palabra, y Bonaparte se retiró al punto á la habitación de Sieyes antes de salir del Luxemburgo. Fué á manifestarle expresamente que sólo quería entenderse con él, y que no les restaba más que convenir en los medios de ejecución. Ratificóse la alianza en esta entrevista, conviniéndose en prepararlo todo para el 18 ó 20 brumario.

Cuando llegó á su casa Bonaparte, encontró en ella á

Fouché, Real y los amigos de Barras. «¿Sabéis lo que me ha propuesto vuestro amigo?, les dijo, nombrar presidente á Hedouville, es decir, á sí mismo, y que yo me vaya al ejército! No se puede tratar con semejante hombre.»

Los amigos de Barras quisieron disculpar su poco acierto, pero Bonaparte mudó de conversación á las pocas palabras, pues ya había tomado su partido sobre aquel asunto. Fouché pasó al momento á ver á Barras para reconvenirle y estimularle á reparar el mal efecto de su torpeza. Al día siguiente por la mañana acudió en efecto Barras á casa de Bonaparte para sincerarse de lo que había dicho, ofreciéndole su adhesión y auxilio para todo cuanto le necesitase; pero Bonaparte apenas le escuchó, y le respondió con palabras generales, hablándole también de sus fatigas, de su quebrantada salud y del fastidio con que miraba á los hombres y los negocios.

Barras se consideró entonces perdido y comprendió que había terminado su papel en la escena política; y á la verdad era ya tiempo de que recibiese el premio de sus dobles intrigas y viles falsedades. Los patriotas exaltados nada querían con él después de la conducta que observó con la sociedad del Picadero; los republicanos afectos á la Constitución del año III le miraban con desprecio y desconfianza; los reformadores y hasta los políticos le tenían por hombre desacreditado, aplicándole el epíteto de *podrido*, inventado por Bonaparte. Sólo tenía importancia para algunos realistas con quienes fraguaba ciertas intrigas por medio de varios emigrados ocultos en París. Aquellos manejos eran ya muy antiguos, pues databan del 18 fructidor; y habiéndolos revelado en su principio al Directorio, se hizo autorizar para proseguirlos y tener en su mano la trama de la contrarrevolución, procurándose así el medio de pronunciarse, según mejor le conviniera, por la república ó por el pretendiente. Tratábase á la sazón con este último de una suma de algunos millones para proteger su regreso; y si bien no parece posible que Barras fuese sincero con el pretendiente, porque toda su propensión siempre había sido hacia la república, no puede sin embargo averiguarse á punto fijo á quien preferiría un hombre tan relajado, pues acaso hasta él mismo lo ignoraría; pero cuando se llega á tan alto grado de corrupción, poco dinero basta, por desgracia, para inclinar á tales hombres á todos los gustos y opiniones.

Fouché se desesperó al ver perdido su protector, y considerándose envuelto en su desgracia, redobló sus solicitudes con Bonaparte; mas éste, que le miraba con suma desconfianza, le ocultó todos sus designios; pero sin desconcertarse por esto Fouché, como veía segura la victoria de Bonaparte, resolvió templar sus rigores á fuerza de servicios. Como tenía á su cargo la policía y la desempeñaba perfectamente, sabía que se conspiraba por todas partes; pero se guardó de comunicárselo al Directorio, cuya mayoría, compuesta de Moulins, Gohier y Barras, hubiera podido adoptar, con sus revelaciones, alguna resolución funesta á los conjurados.

Sólo hacía quince días que Bonaparte se hallaba en París y ya estaba casi todo preparado, dedicándose Berthier, Lannes y Murat á ganar diariamente algunos oficiales y generales de los que no estaban en el secreto. Entre éstos, Bernadotte por envidia, Jourdan por amor